vigile y promueva por el obispo la instruccion de su clero.

Tantos desvelos por la educacion y tan terminantes disposiciones, bien merecen fijar la atencion; ellas mas que otra alguna cosa nos revelan que el clero fué el único que preservó la literatura y las ciencias de su ruina, y que no seria tan enemigo del saber cuando le propagaba, ni contrario á los talentos cuando así les proporcionaba medios de instruirse, ni tan enemigo de las luces cuando así las difundia; pero como es indispensable esponerle al odio, y zaherirle y ridiculizarle, por esto se clama contra él y se le calumnia. Bien convencidos estamos que nuestros acusadores no creen lo mismo que dicen; que, como nosotros, saben que tenemos razon, y esta conviccion nos lastima, nos hiere, porque nos demuestra y patentiza un odio refinado y una mala voluntad constante; y como sabemos que el alma dominada por este odio y por esta mala voluntad está muerta para Dios, nos lamentamos de su desgracia, y nos duele; más aún, es lo único que nos contrista, porque al fin si nos hacen sufrir con sus insultos y acusaciones, sabemos que en este mundo no podemos esperar otra cosa; pero el anatema que atraen sobre su frente, es un anatema lanzado por la justicia divina que á toda costa quisiéramos levantar; pero anudemos nuestro relato.

Con estas disposiciones empezó el clero á pro-

teger los talentos y á desenvolverlos, y una vez vinculada la enseñanza en sus manos era natural que fuera basada sobre la moral evangélica y que en todo se adhiriera á las ciencias divinas, esplicando las máximas eternas, ó comentando los libros santos con ayuda de la historia, la filosofia, la alegoría y la moral. De este modo se ve claramente por medio de una deduccion tan lógica como natural y precisa, el nuevo rumbo que van á tomar las letras destinadas á servir á la vanidad y al capricho; van de hoy en adelante á ocuparse de un objeto mas elevado y á servir á la verdadera instruccion: antes tenian por base la adulacion, hoy la rigidez hermosa de la verdad; entonces se degradaron y corrompieron, ahora se enaltecerán; y si en aquellos dias se sacrificaban las ideas á las formas, hoy se dejarán éstas y se atenderán aquellas: no es, pues, esto, un sencillo deseo de goces intelectuales, ni una idolatría de lo bello influyendo en la sociedad tan solo accidentalmente, sino las ciencias y las letras dirigiéndose hácia su objeto práctico de gobernar á los hombres, de determinar las creencias, de reformar las costumbres. Tal es el nuevo giro que bajo la influencia del clero tomaron la literatura y las ciencias: tal es el fin á que las encaminaron los sacerdotes y los monjes; compárese con el objeto á que las hicieron servir los filósofos y dígase de buena fé cuál es preferible, cuál es más útil á la

humanidad, mejor para la sociedad y más provechoso á la civilizacion. Satisfecha esta respuesta, que no puede menos de ser favorable al clero, muy poco tendriamos que añadir para anonadar el dictado con que se le injuria de *enemigo del saber;* pero tenemos muchas mas pruebas y no queremos omitirlas, ademas que anhelamos el convencimiento por completo de todo el que yerra con malicia ó sin ella, porque este convencimiento es el triunfo de la verdad, y á dama tan cumplida no queremos satisfacer á medias.

Despues de lo espuesto nadie creerá que el furor de acusar saque de ello nuevos capítulos de culpas contra el sacerdocio; pues bien, esto, que ni pensarse podria, es cabalmente lo que hacen: de aquí toman pié para decir que el clero monopolizó la educacion y que se sirvió de ella para su propia utilidad, para oscurecer los talentos, para fanatizar las almas y convertir en provecho suyo los patrimonios de todos, haciendo de la educacion un comercio ilícito que esplotaban en pro de su egoismo, merced á el cual tenian ingreso en los palacios de los reyes, en las casas de los grandes y en las cabañas de los pobres; que de todos se utilizaban, que en todas partes mandaban, y que por esta omnipotencia conseguian cuanto querian y esclavizaban el reino, tiranizando los pueblos y dominando los reyes. Tales son las acusaciones que hacen al clero, y de este modo convierten en

su contra lo que constituye su gloria. Contra estas falsas imputaciones habremos en este párrafo de decir unas cuantas palabras, porque no queremos quede ni aun la menor sombra de la calumnia sin vindicar. No negamos, ni queremos negar, que el clero disfrutaba de ese grande ascendiente; tambien concedemos que lo debió á la educacion que daba á los grandes y á los pueblos, sobre cuyas almas obtenia esa gran superioridad que da el talento, ese mágico poder que solo la ciencia adquiere, ese ascendiente que el carácter de maestro conserva siempre sobre sus discípulos; pero en manera alguna podemos convenir en que lo emplearon en su provecho y le hicieron servir á su egoismo, y no convenimos en esto porque animan nuestro corazon diez y nueve siglos de pruebas, diez y nueve siglos que se levantan desmintiéndolo, diez y nueve siglos cuya historia es una prueba constante é irrefragable de lo contrario. Ábranse las historias de todos los pueblos, de todos los reinos, de todo el mundo; consúltense los hechos, analícense los sucesos y ese es el mejor argumento que podemos aducir, el mejor panegírico que del clero podemos hacer. Efectivamente, considerando lo que era el mundo cuando apareció el cristianismo y lo que es hoy, lo que era la sociedad, lo que era la civilizacion y lo que padecia la humanidad, no puede menos de comprenderse todo lo que el clero hizo por salvar tan hermosos objetos: vi-

niendo luego á la incursion de los bárbaros cuando todo se trastorna, y los elementos sociales y civilizadores están en completa disolucion, encontramos solo un poder que los regula, solo un principio que los salva, y este es el clero; entonces las iglesias y monasterios son las únicas escuelas, los únicos asilos del saber, y allí acuden de todas partes cuantos desean instruirse, de lo cual resultó que el sacerdote tuvo el prestigio que le daba su clase y su carácter de maestro; pero muy lejos de convertir en su provecho este prestigio, le hizo servir en favor de la humanidad y de la civilizacion; de la humanidad, porque introduciendo el espíritu del Evangelio en la legislacion y en las costumbres hizo reconocer y acatar sus derechos; de la civilizacion, porque fundando escuelas y consagrándose al estudio propagó las ciencias, fomentó las letras y dió impulso á las artes, llevando unas y otras por su verdadero camino, colocándolas en el estado de progreso que las ha de llevar á su perfeccion como veremos en el curso de nuestra obra.

Se ha querido culpar al sacerdocio de no haber producido en este tiempo una obra perfecta de literatura, y yo pregunto: ¿dónde están las imperfectas compuestas por los seglares? Seguro que no presentarán una, y si la presentan será inferior en muchos quilates á las que presentan los clérigos y los monjes, lo cual solamente pone de su parte

la razon y la justicia y destruye la acusacion; pero no queremos callar y decir, ya teneis respuesta; hemos de caminar mas adelante. Sentado que hicieron algo, es evidente que lo que hicieron sirvió de cimientos para que edificase la posterioridad, é impidió que el mundo volviese á la barbarie, y por consiguiente, que la cuna de esa literatura florida que nos deslumbra con sus coloridos, que nos encanta con sus formas y nos arrebata con su fluidez y armonía, fueron los conventos, los monasterios y las iglesias, único puerto deparado á las musas cuando abandonaron el Pindo por el Calvario, y perseguidas por las hordas del Cáucaso, solo en esta tabla encontraron su salvacion.

Bien sabemos que la literatura que por este tiempo empezó á dar vida, el clero, no es una literatura como se entiende comunmente; pero el hombre no saca las cosas de la nada, con toda la perfeccion que deben tener; hacer, y hacer cosas perfectas de la nada, solo es obra de Dios; las de los hombres van gradualmente á su perfeccion, y harto hace el primero que las resucita y propone para que las perfeccionen los que le sucedan; ese tiene siempre la iniciativa y el honor de ella por mas que su obra sea imperfectísima; y lo que se dice de los demas no encontramos una razon para que no se diga del clero; así, pues, lo que es honroso para los seglares ¿por qué ha de ser un

padron de ignominia para el sacerdote, para el monje ó para el obispo? ¿Tal vez porque visten hábito, sotana ó capisayo? ¿Quizás porque sus escritos han sido trabajados en el claustro ó en la celda y no en los gabinetes? Esto seria no solo impropio sino absurdo, y hasta ridículo. La acusacion que de aquí tomase fundamento no merecia otra cosa que el desprecio ó la compasion, porque no podia nacer sino de la cabeza de un necio ó de la de un loco; sin embargo, la maldad utiliza estas dos clases de personas, y esa es la fuerza en que se apoya y se apoyará hasta que el pueblo se desengañe del vil tráfico de que está siendo objeto; y ¡ay del dia en que esto suceda, que entonces el *soberano*, segun la doctrina de sus aduladores, podrá hacerlos conocer que desde el *capitolio á la Roca Tarpeya hay solo un paso!*

Acabamos de confesar que tenia imperfecciones la literatura de este tiempo, y creemos haber demostrado que era muy natural, y que en esto no hizo mas que seguir el curso de todas las cosas sujetas al poder del hombre; pero no podemos menos de hacer una llamada á las personas juiciosas, imparciales, de corazon recto y sana crítica, para que contemplen esa porcion de escritos de circunstancias, de discusiones teológicas, de homilías, de exhortaciones, de comentarios, que nos quedan y acreditan la existencia de mayor número que se han perdido ó están inéditos, y conocerán que son un solemne mentís á los que creen que la actividad de los espíritus habia cesado, y repiten de continuo que la fé habia restringido el campo del pensamiento, y claman y gritan contra los frailes inútiles, los monjes holgazanes y los clérigos necios. Al reves los clérigos, los monjes, los frailes, los hombres de fé, proseguian con ardor el órden de ideas adecuadas á constituir la sociedad nueva, y á insinuar en los espíritus juveniles y exentos de corrupcion, las únicas creencias que podian dulcificar su feroz índole, su carácter indomable. Todas las semanas predicaban los obispos; iban los misioneros á sembrar la verdad fuera, despues de haberse ejercitado ellos mismos en conocerla bastante á fondo para encontrarse en disposicion de rechazar las objeciones, y sin temor de ninguna especie arrostraban los sacerdotes toda clase de peligros por llevar la fé y la civilizacion á paises incultos y á gentes salvajes; velaban los papas con el fin de nutrir la llama de la sabiduría, y de muchos de ellos nos han quedado cartas llenas de erudicion eclesiástica, y esto siempre es algo, porque así vemos que no es tan imperfecto como se dice, lo que entonces se hizo.

Los clérigos y los monjes inspiraron á Teodorico, el enemigo mayor de las letras, el que decia que eran corruptoras de los pueblos, el que prohibió á los godos dedicarse á ellas, algun apego al

saber, y tanto, que las favoreció entre los romanos, instituyendo la dignidad de conde de los arguratros, y ocupando sus ocios en oir á Casiodoro, estableciendo, segun éste, profesores de gramática, retórica y derecho, que esplicaban en el capitolio [1]. Ennodio celebra la prosperidad de las escuelas de Milan, y los escelentes talentos que producia la Liguria [2]. Los merobingios acogieron favorablemente á Fortunato, y Cuniberto regaló un baston de oro y plata al gramático Félix [3]. Casiodoro, nombrado conde de las cosas privadas y de las sagradas larguezas, y despues secretario de Teodorico, tomó una parte muy activa en los asuntos de Italia, recopiló las ordenanzas de los reyes bárbaros bajo el título *Variarum libri XII*, en las que incluye las fórmulas y diplomas de los cargos civiles y criminales, las cartas de los sucesores de Teodorico, y las ordenanzas emanadas del mismo Casiodoro como prefecto del pretorio.

Adolece esta obra de dureza de estilo, de énfasis, de una vana ostentacion de talento, de retórica y de erudicion; pero su lectura inspira interes y su tolerancia admira [4]. Cuando vió que se hundia el trono á que tan fuerte apoyo habia prestado, construyó en Calabria un monasterio, don-

1 Carta 533.
2 Id. de Alarico y Arator.
3 Pablo el Diácono, VI, 7, 8.
4 Var. X, 26.

de consagró el resto de sus dias al estudio y á los ejercicios de piedad. Allí hizo que los monjes, que no tenian aptitud para el estudio, se dedicasen á trabajos manuales, especialmente al cultivo de las tierras y á los detalles de la economía rural. En las horas de reposo se dedicaban á copiar libros, para lo cual se habia provisto de muchos y muy buenos originales, y á la edad de ochenta y tres años todavía escribió un tratado de ortografia: ademas, nos dejó el libro del *Anima*, una esposicion sobre los salmos que está copiada de S. Agustin y otros santos Padres, una historia desde el diluvio hasta el año 519, y la de los godos, de que no tenemos otra cosa que un estracto copiado por Jornandez, que hace sentir su pérdida.

Viendo Casiodoro con sentimiento las ciencias profanas, pomposamente enseñadas y en abandono las divinas; y no pudiendo el papa Agapito, á quien se habia quejado, hacer lo que deseaba en medio de las agitaciones de la Italia, procuró remediar el daño publicando un curso elemental de ciencias propias al cristiano, cuya confeccion es curiosa é instructiva [1]. En su concepto consisten las ciencias, unas en la observacion, otras en el conocimiento, otras en la apreciacion de las co-

1 De Institutione divinarum literarum. De artibus ac disciplinis liberalium artium.

sas, es decir, son contemplativas ó prácticas. Entre las primeras cuenta el arte de bien decir, comprendiendo la retórica y la dialéctica, luego la aritmética, la geometría, la astronomía y la música. Este método enciclopédico desenvuelto por él, á ejemplo de Marciano Capella, hizo sustituir áridas compilaciones al estudio directo de los grandes modelos; pero quizás ni él, ni sus más insignes contemporáneos, tenian conocimiento de ellos, más que por los compendiadores de los siglos IV y V, puesto que los tratados oratorios de Ciceron y Quintiliano, parecen á S. Isidoro demasiado largos para ser leidos. Sus tratados de aritmética, geometría, gramática y retórica, son muy compendiosos; la lógica es algo mas estensa y razonada, y tambien escribió de música como Boecio.

Nacido éste en Roma, poco antes que perdiera el imperio de Occidente, fué enviado á Atenas para aprender las letras griegas. En los diez y ocho años que residió allí, tradujo diferentes obras de Tolomeo, Nicomaco, Euclides, Platon, Arquímedes y Aristóteles; sus comentarios llevaron á Italia el conocimiento de las obras del Estagirita, de cuyo método se valió para tratar de la unidad y trinidad divina. Vuelto á Roma, se ganó el aprecio de Teodorico, y encarcelado despues por traidor, escribió en su encierro el diálogo en prosa y verso, que tituló: *Consuelo de la filosofía*, que termina con diferentes consideraciones sobre la ca-

sualidad, sobre la Providencia y sobre el modo de conciliar ésta con la existencia de los males. Eclécticos más que católicos, al tratar esta cuestion, la más dificil de todas, deja muy atrás las demas obras de su tiempo, y acredita un conocimiento perfecto de los mejores modelos de la antigüedad. Su prosa cede ante su poesía fácil, rica, de nobles imágenes y melancólica armonía, y en la cual ensayó metros de que no hicieron uso los clásicos.

Siguióse luego Ennodio, obispo de Pavía, que nos dejó sus exhortaciones escolásticas, imitacion de las antiguas declamaciones, algunas cartas sobre materias eclesiásticas, las vidas de San Epifanio y San Antonio de Lerins, el panegírico de Teodorico, y algunos epitafios y epígramas. Rústico Elpidio, compuso el poema sobre los beneficios de Cristo; el etrusco Maximiano nos ha dejado sus églogas, que en medio de grandes lunares tienen tales bellezas, que por mucho tiempo fueron atribuidas á Cornelio Galo, amigo de Virgilio. Se le cuenta entre los doce poetas escolásticos, de quienes nos quedan los certámenes difíciles. Del subdiácono Arator tenemos las Actas de los Apóstoles, escritas en verso exámetro. Fortunato, obispo de Poitiers, nos cantó el epitalamio de Sigiberto y Brunequilda, varias cartas á personas ilustres, siete vidas de santos, y en verso exámetro la de S. Martin, que escribió Sulpi-

cio Severo, otras cartas teológicas, doscientas cuarenta y nueve composiciones en verso sobre la ereccion y consagracion de diferentes iglesias; su poesía es frívola, sus himnos buenos, figurando entre ellos el *Vexilla* y una elegía en figura de cruz.

Por mucho que sea de sentir que se empleasen los talentos y se gastasen las imaginaciones en estas fútiles trivialidades, no podemos culparlas absolutamente; ellas eran el gusto de la época y revelan el carácter del siglo, y ya hemos dicho más de una vez, que ni los clérigos ni los monjes están esceptuados de este tributo que todos pagamos á nuestra debilidad; pero hay más, estas dificultades inútiles y gratuitas, eran un recurso con el que suplian la falta de correccion y de elegancia. De aquí los anagramas y demas combinaciones, más ó menos ingeniosas; de aquí tambien el uso de la rima, ya digno de notarse en un epígrama de S. Dámaso. Con la armonía de las cadencias halagaba el oido no acostumbrado ya á reconocer la medida exacta de las sílabas. De esta suerte, trasformándose la poesía, se hacia poco á poco rímica de métrica que era antes, con lo cual se patentiza que estos trabajos, tan lejos de ser inútiles y poco á propósito para el progreso de la literatura, fueron utilísimos y la prestaron grandes auxilios, contribuyendo á su esplendor y colocándola en el sendero que la ha conducido á su apo-

geo; ademas, introduciendo en ella esta novedad, fué como inocularon la lengua de los vencedores en la de los vencidos, y así dieron orígen á las lenguas vivas, y esto es un verdadero adelanto literario, toda vez que á esto se debe la riqueza, la fluidez, la armonía y la elegancia de los idiomas modernos, y la belleza de la poesía que tanto nos admira y encanta.

Sin embargo, en medio de esto aparecen el africano Luxorio con sus epígramas. Faunio con sus poemas sobre los pesos y medidas, sobre los astros y sobre la geografia. Los cantos de Corippo en elogio del emperador Justino, el poema de la espedicion de Attila, y las treinta y dos elegías de Euqueria; pero el que mas atencion merece es S. Crienzo, obispo de Iliberis, por el giro suelto y elegante que tienen los versos de su *Commonitorium fidelinm*, sus exámetros sobre el nacimiento de Cristo, y sus himnos. El obispo de Viena, Avito, tan célebre por su celo y dignidad para resistir á los borgoñones arrianos, nos ha dejado varias cartas y seis poemas; en aquellas nos relata los sucesos de la época, y en éstos lo acontecido desde el primer instante de la creacion hasta aquel en que nuestros primeros padres fueron arrojados del paraiso. De aquí tomó Mílton algunos de los pasajes con que hermoseó la cuna de la humanidad, y que tanto renombre le han valido en el mundo literario.